EL PRIMER AMIGO.

ENRIQUE II EN EL MOLINO DE MANSFIELD.

Una aventura de Enrique II de Inglaterra celebrada en una antigua cancion, recuerda su famosa cena de Enrique IV en casa del labrador Micheu.

El bearnés Enrique II era generoso, jovial, popular, y sumamente aficionado á la caza; un dia en el bosque de Schervood se estravió persiguiendo un jabalí; su caballo le llevó lejos de sus cortesanos, y al acercarse la noche se halló solo en un sitio del bosque desconocido para él, y en que no habia senda alguna.

Anduvo largo rato vagando por la espesura sin encontrar á nadie, hasta que un molinero con su borrico acertó á pasar por aquel punto.

—Buen hombre (le gritó el rey), suplícoos que me indiqueis el camino de Nottingham.

El molinero le miró á través, y sin contestarle aguijoneó con sus talones los costados de su cabalgadura.

—¿Sois sordo ó mudo? continuó S. M. hostigando por su parte el caballo.

—Bien, bien, amigo, murmuró el molinero; por cierto no me gusta que se burlen de mí. Vos sabeis vuestro camino como yo el mio.

—Por mi honor que no me burlo; y si vos no contestais á lo que os he preguntado, tendré que pasar la noche bajo uno de estos árboles.

—Desgracia seria en verdad; pero no será la primera vez, segun creo, que os ha servido de habitacion el bosque.

—¿Por quién pues me teneis?

—Por lo que sois, bizarro jóven; pero os suplico que contengais vuestro caballo permaneciendo á una respetable distancia de mí.

Era evidente que el molinero pensaba hablar con un ladron: el jóven príncipe, sonriéndose, procuró deshacer en parte su equivocacion, y le aseguró que era un caballero.

—¡Vos caballero! replicó el molinero; me parece que teneis traza de llevar toda vuestra hidalguía con vos, y si no me equivoco os veriais apurado para cenar esta noche con el dinero que contiene vuestra bolsa.

Efectivamente, el rey no llevaba bolsillo.

—Pero no importa, continuó el villano después de haber reflexionado un instante; quiero mas esponerme, á ser engañado que faltar á la caridad; además, puede ser que me equivoque: seguidme, buen señor, Nottingham está muy lejos para que podais llegar esta noche, y si verdaderamente sois un hombre honrado, no dormireis al raso.

—Soy un hombre de bien, podeis creerme; y en prueba de ello, hé aquí mi mano.

—Bueno, amigo mio, pero yo no acostumbro á dar mi mano en la oscuridad de la noche; luego nos veremos las caras y nos conoceremos.

Después de una media hora de marcha, el rey descubrió al pié de un monte una pequeña casita: la luz penetraba por las grietas de la puerta, y sobre la chimenea se veian volar algunas chispas; era la morada del molinero.

Apeáronse los dos, y al entrar el rey notó un fuerte olor á tocino cocido y se vió casi ciego por el humo: el primer cuidado del molinero fué el de examinar la fisonomía de su compañero.

—Por mi fé, dijo, que tienes una figura que me agrada bastante; ya no me parece tu traza tan ratera como la habia creido; si no disgustas á la molinera, cenarás y dormirás en el molino. Enrique se habia quitado cortésmente la gorra ó sombrero que llevaba, y estaba de pié con el mayor respeto ante la dueña de la casa, que trabajaba en limpiar un jarro de estaño.

—Es un pobre diablo, dijo por lo bajo el molinero á su mujer, y

creo un deber ofrecerle hospitalidad; mirale; casi tiene el aire de un hombre completo: está bien educado, y se vé que sabe respetar á las gentes que valen mas que él; la mujer tampoco parece que formó mala opinion de Enrique, porque le dirigió la palabra con mucho agrado.

—Seais bien venido, le dijo, amigo mio; tendreis por cama un haz de paja fresca y dos sábanas nuevas.

Y por compañero nada menos que á nuestro hijo Ricardo, añadió el huesped.

—Con tal que esté limpio (y no lleve compañía), dijo la mujer.

—Si la lleva, gritó el robusto Ricardo, no quiero dormir con él.

La figura grotesca de este era tan singular y ridícula, que el rey no pudo contener la risa; pero lejos de incomodarse por ello, los buenos molineros estuvieron con él sumamente amables.

Pusieron sobre la mesa un pedazo de tocino, un (pouding) cocido, un plato de manzanas asadas y algunas botellas de cerveza; el rey, que jamás habia tepido mejor apetito, bebia en el mismo jarro que sus huéspedes: los vasos los usaban en aquel tiempo solamente los ricos.

—A tu salud! dijo el molinero, y á la de todos los hombres, añadió mirando con malicia á su compañera, que se dejan gobernar por sus mujeres!

—Gracias, dijo el rey; yo brindo por Ricardo; estoy seguro que es un buen muchacho.

—No tanto hablar, interrumpió este; bebe aprisa y pásame el jarro.

El molinero estaba cada instante mas jovial y enteramente tranquilo de sus sospechas con respecto al estranjero.

—Mujer, dijo, ¿nada mas tienes que darnos? pienso que si quieres encontrarás todavía en la artesa algun trozo de caza.

La mujer no se hizo de rogar, y puso delante de su marido un pedazo de carne asada que fué bien pronto trinchada.

—Es delicioso, dijo el rey, atracándose en un manjar tan esquisito; ¿y en qué mercado lo venden?

—No somos tan tontos que lo compremos, contestó Ricardo, y sin embargo, lo comemos todos los dias; el mejor mercado es el bosque de Schervood.

—Ah! dijo el rey, ¿seria esto ciervo?

—Eres brujo, repuso el molinero en tono burlon: es preciso que vengas del otro mundo para creer que nos falte la caza teniéndola tan cerca: un hombre honrado que se quiere bien, tiene siempre de reserva algun buen trozo de ciervo; pero te prohibo decir nada; no querria por esta friolera ser denunciado al rey, que no se burla en tratándose de sus derechos de caza.

—Está tranquilo, dijo Enrique; por mí no lo sabrá S. M.

El fin de la cena fué todavía mas alegre que el principio: Enrique despachó algunos jarros de una especie de bebida que se hacia en aquel tiempo mezclando vino y cerveza, y luego marchó á acostarse con Ricardo.

A la mañana siguiente cuando se despidió de sus huéspedes y se preparaba á montar á caballo, algunos señores de su corte llegaron azorados; gozosos de encontrarle doblaron la rodilla y le saludaron con los títulos de señor, majestad, etc.

Imagínese la estupefaccion del molinero; el miedo que se apoderó de él le hacia temblar como un azogado; creyó ver que el rey llevaba la mano á la guarnicion de su espada, y cayó en tierra pidiendo gracia como si temiese por su vida.

El rey le tranquilizó amigablemente, le dió un abrazo como pudiera hacerlo con un caballero, y partió á galope con su comitiva.

Aun no habia pasado un mes, cuando un paje llamó á la puerta del molino.

—El rey, dijo, os invita á que vengais los tres á verle en Westminster.

—¡En Westminster! contestó la mujer; ¿por qué querrá S. M. ver á estas pobres gentes?

—Pardiez! interrumpió Ricardo, que desde la famosa cena no habia dormido tranquilo, se acuerda del ciervo y quiere hacernos colgar.

—Os equivocais, dijo el paje: mi señor os profesa una sincéra amistad y os convida á comer.

—¡Es cierto! esclamó el molinero: muy bien; no es justo que nos hagamos de rogar. Jóven, decid á vuestro amo que aceptamos: y pues nos habeis traido una buena noticia, voy á pagaros como mereceis.

Dicho esto, sacó del bolsillo y obligó al paje á admitir dos ó tres monedas de cobre. Este marchó, y el molinero tomó el aire de un hombre de importancia.

—Mujer, hijo mio, es preciso que nos presentemos con decencia delante del rey: ahora no es ocasion de pensar en economías: vamos á ponernos nuestros mejores trajes, y hagamos la entrada en la corte de modo que seamos admirados.

—Tranquilizaos, marido mio, no tendremos de que avergonzarnos.

La buena mujer se apresuró á disponer los vestidos de fiesta, é hizo alguna rectificacion en el jubon y saya encarnada: Ricardo limpió su sombrero y arrancó al gallo la mas bella pluma para hacerse un penacho, enjaezó lo mejor que pudo el burro del molino, poniéndole una manta verde y dos orejeras con franja. Tal fué el palafren de la molinera que entró en Westminster escoltada por su marido é hijo.

La corte los recibió con agrado, porque el rey habia prohibido sériamente que nadie se burlase ni insolentase con ellos.

Enrique dió su mano al molinero y á Ricardo, y la bienvenida á la mujer.

—¿Con que es cierto que no nos habeis olvidado? dijo Ricardo; el molinero le reprendió tocándole con el codo.

—¿Y cómo podia yo olvidar á mi compañero de cama? contestó el rey.

—Oh! Oh! añadió Ricardo riéndose desaforadamente: salvo vuestro respeto, señor, no sois buen compañero, y á no ser por algunos golpes...

—¿Callarás, palurdo? dijo interrumpiéndole el molinero.

Esta conversacion concluyó por la llegada de la reina, que abrazó familiarmente á la molinera: la buena mujer estaba llena de vanidad y mas tiesa que una sota de espadas. La comida vino á coronar dignamente el real obsequio. El molinero bebió sin incomodarse cuanto pusieron en su vaso, vinos estranjeros, cervezas de varias clases, y no habló una palabra hasta haber gustado de todas las botellas y platos.

—Es preciso confesar, mi querida esposa, dijo el molinero, que no tenemos tan buenos vinos en nuestro molino.

—Pero teneis mejores asados, dijo el rey; siento no poder ofreceros un poco de caza.

—Alto ahí! gritó Ricardo sin dejar de comer; eso es una traicion; prometisteis callar.

—Teneis razon, Ricardo, contestó Enrique, es preciso que el rey no lo sepa. Y preguntó al jóven qué plato le gustaba mas.

—Si he de hablar en conciencia, replicó, ninguno de estos manjares vale tanto como un (pouding) negro.

—Es verdad, dijo el rey á su esposa.

—Jamás lo he comido, contestó esta.

—¿Cómo es eso? esclamó Ricardo, yo traigo uno; y sacándole del fondo de su sombrero lo puso sin cumplimiento sobre la mesa.

Los cortesanos apenas podian contener la risa; la reina se vió obligada á probarlo, y el rey después de dar á Ricardo las mas espresivas gracias por su galantería, le dijo: mira alrededor de la mesa, y dime cual de todas estas señoritas te gusta mas; te la daré por esposa.

Ricardo miró desdeñosamente á las damas pálidas y poco robustas de la corte, y contestó: salvo el respeto debido, estas señoras podrán ser muy bonitas, pero yo encuentro mejor los encarnados mofletes de Jonny Grombell.

Cuando los tres convidados quisieron retirarse, el rey anunció al molinero que le habia nombrado su guarda bosques de Schervood, y añadió: guardaos de robarme la caza, y venid á verme una vez á lo menos cada tres meses.

J. C. N.

LA HERMANA BEATRIZ.

LEYENDA.

(*Conclusion.*)

No tardó en esperimentar que no hay mas amor verdadero que el justificado por la religion; que el amor del Señor y de María es el único que se libra de las vicisitudes de nuestros sentimientos; que es el único que acrece y se fortifica con el tiempo, en tanto que los demás se consumen en nuestro corazon de ceniza. Sin embargo, ella amaba á Raimundo todo lo que le podia amar; pero llegó un dia en que comprendió que Raimundo no la amaba. Aquel dia la hizo prever otro dia mas horrible todavía en que seria abandonada por aquel por quien habia abandonado el altar, y aquel dia llegó; Beatriz se encontró sin apoyo en la tierra y sin apoyo en el cielo. Buscó en vano un consuelo en sus recuerdos, un refugio en sus esperanzas. Las flores del escapulario se habian marchitado como las de la dicha. El manantial de las lágrimas y de la oracion se habia agotado. El destino que Beatriz habia buscado se iba á cumplir. La desdichada aceptó su condenacion. Cuanto mas alto se cae del camino de la virtud, tanta mayor ignominia tiene la caida, y era mas irreparable porque Beatriz habia caido de lo alto. Se asustó primero de su oprobio, y acabó por acostumbrarse á él, porque los sentimientos de su alma estaban destrozados. Quince años trascurrieron así, y durante quince años su ángel tutelar lloró.

Aquellos años fugitivos se llevaron consigo todos los tesoros; la inocencia, el pudor, la juventud, la belleza, el amor, esas rosas de la vida que no perecen mas que una vez y hasta el sentimiento de la con-

ciencia que resarce de las demas perdidas! Las joyas que la habian adornado, tributos impios que la desmoralizacion paga al crimen, la proporcionaron algun tiempo un recurso pronto á agotarse. Quedó sola, abandonada, objeto de desprecio para los demás, como para sí misma, entregada á los desprecios insolentes del vicio, y odiosa á la virtud, ejemplo de vergüenza y de miseria que las madres enseñaban á sus hijas para retraerlas del pecado. Se cansó de estar á merced de la piedad, de no recibir mas que limosnas que le daba la caridad con una piadosa repugnancia, de no ser socorrida mas que por gentes que se avergonzaban al darla un poco de pan. Un dia se envolvió en sus harapos, que antes habian sido un rico vestido, y se resolvió á ir á pedir el alimento del dia y el asilo de la noche á gentes que no la conociesen. Se lisonjeaba de ocultar su infamia en su desgracia; partió, la pobre mendiga, sin otros bienes que las flores que habia quitado del ramillete de la Virgen, y que caian una á una, hechas polvo, en sus labios ya secos.

Beatriz era jóven todavía, pero la vergüenza y el hambre habian impreso en su frente esas huellas espantosas que revelan una vejez prematura. Cuando con su rostro pálido imploraba tímidamente el auxilio de los que pasaban, cuando su mano blanca y delicada se abria estremeciéndose para recibir sus dones, no habia uno que no conociese que debia haber tenido otro destino en la tierra. Los mas indiferentes se detenian delante de ella y echaban una amarga mirada que parecia decir: ¡Oh hija mia! ¿cómo es que has caido?... Y su mirada no les contestaba; porque hacia mucho tiempo que no podia llorar. Anduvo mucho tiempo, mucho tiempo; parecia que su viaje no debia concluir sino con la muerte.

Un dia sobre todo habia andado desde el amanecer en una montaña desnuda, por un sendero áspero y tortuoso, sin que el aspecto de ninguna casa viniese á consolar su cansancio: su único alimento eran algunas raices sin sabor, arrancadas en las hendiduras de las rocas; su calzado acababa de abandonar sus pies sangrientos; se sentia desfallecer de fatiga y de hambre, cuando ya de noche oscura quedó asombrada á la vista de una larga fila de luces que demostraba una vasta habitacion y hácia la que se dirigió con todas las fuerzas que la quedaban; pero á la señal de una campana argentina cuyo sonido despertó en su corazon un estraño y vago recuerdo, todas las luces se apagaron á la vez y solo quedó en derredor suyo la noche y el silencio. Dió algunos pasos todavia con los brazos estendidos, y sus trémulas manos se apoyaron contra una puerta cerrada. Se sostuvo un instante como para tomar aliento; pero no pudo menos de caer. Oh Virgen santa! por qué os habré abandonado! .. Y la desdichada Beatriz se desmayó.

Que la cólera del cielo sea ligera á los culpables! Semejantes noches expian toda una vida de desórden! La frescura de la mañana comenzaba apenas á reanimar en ella un sentimiento confuso y doloroso de existencia, cuando advirtió que no estaba sola. Una mujer arrodillada á su lado, levantaba su cabeza con precaucion y la miraba fijamente en la actitud de una curiosidad inquieta: esperaba que acabára de volver en sí.

—Dios sea bendito para siempre! dijo la buena tornera, de proporcionarnos tan temprano el medio de ejercer un acto de piedad y socorrer una desgracia! Es un acontecimiento de feliz agüero para la gloriosa fiesta de la santa Virgen que celebramos hoy! ¿Pero cómo es, hija mia, que no habeis pensado en llamar á la campanilla ó al llamador? No hay hora alguna en que vuestras hermanas en Cristo no esten prontas á recibiros. Bien, bien!... no me contesteis ahora, pobre oveja descarriada! Fortificaos con ese caldo que he calentado á toda prisa en cuanto os he visto: probar este vino generoso que dará calor á vuestro estómago y fuerzas á vuestros miembros doloridos. Decidme por señas que estais mejor. Bebed, bebedlo todo, y antes de levantaros, abrigaros con esa manta para que vayais adquiriendo fuerza; dadme las manos, os las calentaré entre las mias. Oh! bien pronto estareis buena.

Beatriz enternecida cogió las manos de la digna religiosa y las llevó á sus labios.

—Ya estoy bien, dijo, y me siento en estado de poder ir á dar gracias á Dios por el favor que me ha hecho en dirigirme á esta santa casa. Solo que para que yo pueda comprenderla en mis oraciones, deseo me digais en dónde estoy.

—¿En dónde habeis de estar, replicó la tornera, sino en Nuestra Señora de los Espinos Floridos, puesto que no hay otro monasterio en cinco leguas á la redonda?

—Nuestra Señora de los Espinos Floridos! esclamó Beatriz dando un grito de alegría á que siguieron despues las señales de la mas profunda consternacion; Nuestra Señora de los Espinos Floridos! continuó dejando caer la cabeza sobre su seno: el Señor tenga piedad de mí!

—Pues qué, no lo sabiais? dijo la caritativa hospitalaria. Es verdad que parece que venis de bien lejos, porque yo jamás he visto un traje de mujer parecido al vuestro. Pero Nuestra Señora de los Espinos Floridos no limita su proteccion á los del pais. No ignorareis, si habeis oido hablar de ella, que es buena para todo el mundo.

—La conocia, y la he servido, contestó Beatriz; pero vengo de muy lejos, como decis, madre mia, y no es estraño que no haya conocido esta morada de paz y bendicion. Esa es la iglesia, el convento, los espinos en que he cogido tantas flores. Ay! siempre florecen!... Era tan jóven cuando me separé de ellos!... Era en el tiempo, continuó levantando su frente hácia el cielo con esa espresion resuelta que da á los remordimientos de un cristiano la abnegacion de sí mismo, era en el tiempo en que la hermana Beatriz era la guardadora de la santa capilla. ¿Os acordais de ella, madre mia?

—¿Cómo la tengo de olvidar, hija mia, si la hermana Beatriz ha sido siempre la guardadora de la santa capilla? Sí; ahora, y yo creo que para mucho tiempo, será para nosotras un motivo de edificacion.

—No hablo de esa, interrumpió Beatriz suspirando amargamente; hablo de otra Beatriz que ha acabado su vida en el pecado y que tenia el mismo cargo hace unos quince años.

—El buen Dios no os castigará por esas palabras insensatas, dijo la tornera estrechándola contra su seno. La enfermedad ha alterado vuestro ánimo y hurtado vuestra memoria con esas temibles visiones. Hace mas de diez y seis años que estoy en el convento, y no he conocido mas que una hermana Beatriz. Pero ya que estais decidida á hacer oracion á la Virgen mientras os preparo la cama, id y allí hallareis á Beatriz y la reconocereis fácilmente, porque la bondad divina ha permitido que al envejecer no pierda ninguna de sus gracias. Al momento vuelvo á buscaros para no separarme de vos hasta vuestro completo restablecimiento.

Al acabar estas palabras, la tornera entró en el claustro, y Beatriz fué á la iglesia, se arrodilló é inclinó su frente hasta el pavimento; despues cobró un poco de ánimo, se levantó, y de columna en columna se adelantó hasta la reja del coro, donde se arrodilló. A través de la nube que oscurecia su vista, distinguió á la hermana Beatriz que estaba de pie delante del camarin.

Poco á poco se fué acercando á ella la hermana que hacia su revista ordinaria, encendiendo las lámparas y reemplazando las guirnaldas de la víspera por otras nuevas. Beatriz no podia creer á sus propios ojos. Aquella hermana era ella misma, no de la manera á que se veia reducida por la edad, el vicio y la desesperacion; sino tal como debia ser en los dias inocentes de su juventud. ¿Era una ilusion producida por los remordimientos? ¿Era un castigo milagroso anticipado sobre aquellos á quienes estaba reservada la maldicion divina? En la duda ocultó su rostro con las manos, y las apoyó inmóvil en los barrotes de la reja balbuceando las mas espresivas oraciones de las que decia en lo antiguo.

Y sin embargo, la religiosa marchaba siempre. Ya los pliegues de sus vestidos habian tocado á los barrotes. Beatriz humillada no se atrevia á respirar.

—Eres tú, querida Beatriz? dijo la religiosa con una voz cuya dulzura no puede espresar ninguna palabra humana. No tengo necesidad de verte para conocerte, porque tus oraciones llegan á mí, como las he oido otras veces. Hace mucho tiempo que te esperaba; pero como estaba segura de que volverias ocupé tu plaza el mismo dia en que me dejaste, para que nadie advirtiera tu ausencia. Ahora ya sabes lo que valen los placeres y la felicidad, cuya imágen te habia seducido, y ya no te marcharás. Ya estarás aquí para siempre. Entra con confianza en la clase que ocupabas entre mis hijas. Encontrarás en tu celda, cuyo camino no has olvidado, el hábito que dejaste allí, y te vestirás con él de la primera inocencia, de que es emblema; es una gracia que debia á tu amor y que he conseguido para tu arrepentimiento. Adios: ama siempre á María.

Era en efecto María; y cuando Beatriz levantó sus ojos inundados de lágrimas, cuando estendió sus brazos palpitantes dando gracias, vió á la Virgen subir las escalerillas del camarin y sentarse en su gloria divina, bajo su aureola de oro y bajo los festones de espinas floridas.

Beatriz no entró en el coro sin emocion. Iba á ver á las compañeras, á cuya fé habia hecho traicion y que habian envejecido en la práctica de un deber austero. Entró entre sus hermanas con la frente baja y pronta á humillarse al primer grito que anunciara su reprobacion, con el corazon vivamente agitado; prestó atento oido á sus voces, y nada oyó. Como ninguna de ellas advirtió su marcha, ninguna reparó su vuelta. Se precipitó á los piés de la Virgen, que jamás la habia parecido tan hermosa y que parecia sonreirla. En los sueños de su vida de ilusiones, jamás habia comprendido una cosa que se aproximase á tal felicidad.

La divina fiesta de María (porque creo haber dicho que esto pasaba el dia de la Asuncion) se celebró con una mezcla de recogimiento y de éxtasis de que no habian dado idea las solemnidades pasadas á aquella comunidad de vírgenes sin mancha. Las unas habian visto caer del camarin luces milagrosas; las otras habian oido el canto de los ángeles mezclarse á sus cantos piadosos, y se habian detenido por respe-

to, para no turbar la celestial armonía. Se contaba con misterio que aquel dia habia fiesta en el paraiso, como en el monasterio; y por un fenómeno estraño á aquella estacion, todos los espinos de la comarca habian florecido; de manera que dentro y fuera no habia mas que primavera y perfumes. Es que habrá entrado una alma en el seno del Señor, despojada de todas las enfermedades y de todas las ignominias de nuestra condicion, y no hay fiesta mas agradable para los santos.

Una sola inquietud oscureció por un momento la inocente alegría de las palomas de la Virgen. Una pobre mujer enferma se habia aparecido por la mañana á la puerta del monasterio. La tornera la habia visto, la habia consolado; habia dispuesto para ella un lecho donde pudieran reposar sus débiles miembros, y la habia buscado inútilmente. Aquella desdichada criatura habia desaparecido sin que se hallara rastro alguno; pero se creia que la hermana Beatriz podia haberla visto en la iglesia donde se habia refugiado.

—Tranquilizaos, hermanas mias, dijo Beatriz, conmovida hasta llorar; tranquilizaos, dijo, abrazando estrechamente á la tornera, he visto á esa mujer y sé lo que ha sido de ella. Es feliz, mas feliz que lo que merece y que lo que hubiérais esperado para ella.

Esta respuesta apaciguó todos los temores; pero llamó la atencion porque eran las primeras palabras severas que salieron de boca de la hermana Beatriz.

Desde entonces toda la existencia de Beatriz trascurrió como un solo dia, como ese dia del porvenir que está prometido á los elegidos del Señor, sin fastidos, sin disgustos, sin otra emocion, porque los corazones sensibles no pueden esperimentar mas que las de la piedad hácia Dios y las de la caridad para con los hombres. Vivió un siglo, sin que pareciera que se envejecia, porque solo las malas pasiones del alma son las que envejecen el cuerpo. La vida de los buenos es una juventud perpetua.

Beatriz murió, ó mas bien se durmió con calma en ese sueño pasajero de la tumba, que separa el tiempo de la eternidad. Murió en opinion de santa.

ANTONIO GALLAND.

I.

LA FAMILIA DEL ARTESANO.

Hace dos siglos la familia de un artesano, viniendo de Montdidier y costeando el riachuelo de Vorse, entró en la bonita llanura de Chaciny, y llegó bien pronto á las primeras casas de Noyon.

Si queremos hacer un curso de historia ó de geografía sobre el

(Enrique II, en el molino de Mansfeld.—Pág. 393.)

nombre de un pueblo tan solo, ninguno se presentaria mejor que el de Noyon, estad seguros de ello. No os hablaremos ni del obispo de Vermandóis que en 511 vino á refugiarse á esta fortaleza, entonces considerable, estableciendo en ella la silla obispal de Vermandóis; ni del emperador Carlomagno, cuya capital fué durante algunos años, y que se hizo coronar en ella en 768; no recordaremos á Hugo Capeto que fué elegido rey en 887, ni á los normandos que la saquearon en el siglo IX; ni á los que la tomaron en 1595, ni á Enrique IV que los echó de ella al año siguiente.

El jefe de la familia de que hablamos tenia intencion de ir mas lejos; pero habiéndole gustado esta ciudad, buscó una modesta habitacion é instaló en ella su mujer, hijos y herramientas.

El artesano era un honrado carpintero que no carecia ni de inteligencia ni de laboriosidad, y que hubiera podido prosperar; pero la envidia de los demas carpinteros de Noyon no tardó en hacerle daño, y enajenarle muy pronto las simpatías de los habitantes de Noyon.

«Era, decian, una sanguijuela, un *hambriento* que venia á quitar »el pan á los obreros establecidos y conocidos hace mucho tiempo en »la ciudad, á arruinar á padres de familia.»

Estos discursos corrian de boca en boca sin que se le ocurriese á adie que el recien venido tenia tambien una familia á quien se debia ayudar. Tal es la propiedad del egoismo, que á sus ojos son un crimen las virtudes de los demás.

Fácil será comprender que rechazado por todas partes Galland (este era el nombre del obrero), no le era fácil, aunque ayudado por su laboriosa mujer, satisfacer las primeras necesidades de su familia.

Muy pronto tuvo el sétimo hijo, que fué bien recibido por el pobre, cuya ternura aumentaba, en vez de estinguir el infortunio: solo una cosa le entristecia en este nacimiento, el no tener padrino para el recien nacido: habia procurado encontrarle entre sus vecinos; pero al primero que pidió este favor se mostró muy poco dispuesto á complacerle; pasó á casa de un segundo, que le rechazó brutalmente, y no se atrevió á dirigirse á un tercero.

El niño no parecia muy robusto, y podia morirse sin haber recibido el bautismo; y esta idea atormentaba al padre en sumo grado, cuando de repente coge al niño envuelto en unos pedazos de ropa de que su madre habia hecho una mantilla, y acompañado de su hija mayor, que acababa de cumplir siete años, entró en la iglesia, y se detuvo delante de la pila bautismal.

El pertiguero hizo venir á un canónigo anciano que habia allí á la sazon, y desnuda la cabeza del niño, empezó la ceremonia.

—¿Pero y el padrino? dijo el sacerdote, ¿sois vos?

—No, respondió Galland, tengo bastante con cumplir mis deberes de padre: quiera Dios que tenga tiempo de educar á mis hijos.

—Pero, hijo mio, sin embargo, hace falta un padrino, replicó el canónigo con bondad.

—Soy tan desgraciado, padre mio, que todos mis vecinos han rehusado tener en la pila á esta pobre criatura.

—Peor para ellos: jamás se debe rehusar ayudar á hacer un cristiano.

—Entonces se me ocurrió venir aquí, y que Dios que es la suma bandad me proporcionara en su casa un padrino para mi hijo.

—Entonces continuemos.

—Dios mio, murmuraba el pobre artesano, no permitais que quede en blanco en el acto del bautismo el nombre del padrino: esto seria tan triste!

—¿El nombre de la madrina? preguntó el canónigo, estendiendo el acta después de concluida la ceremonia.

—María Galland su hermana, padre mio.

—¿No sabeis firmar, hija mia?

—¡Oh! si señor, papá nos enseña todas las tardes á escribir.

Era en efecto uno de los deseos mas vivos de Galland instruir á sus hijos mas de lo que se acostumbraba en una época en que la educacion de las últimas clases de la sociedad estaba completamente descuidada.

—¡Ah! muy bien, María, muy bien; entonces firmad.

—No pregunto si el padre sabe escribir: firmad tambien.

Galland se aproximó para poner su nombre en el registro de la iglesia, y recorre las líneas recientemente trazadas por el canónigo temblando encontrar en vez del nombre del padrino, el claro que tanto le atormentaba.

La vista se le nubló: no habia ningun claro; el pobre hombre volvia á mirar; se le figuraba no ver bien. Apoya la mano, y se pone á leer con la lengua y los dedos estas palabras; *padrino Antonio Reynaud, canónigo de la iglesia catedral de Noyon, prebendado*, etc.

María, esclama al fin ébrio de gozo, ¿ves cómo te habia dicho bien que encontraríamos padrino en la casa de Dios? Tu hermano ya le tiene.

—Pero papá, ¿quién es pues ese caballero?

—Ah Dios mio! y yo que me olvidaba preguntarlo! ¿quién es este buen padrino? ¿de dónde ha venido?

—Soy yo, dice el viejo sacerdote, Dios no olvida á los que confian en él.

Una hora despues, el niño que habia recibido el nombre de Antonio, estaba en los brazos de su madre, que daba gracias á Dios por no haber abandonado á su hijo al entrar en este mundo.

Pasaron cuatro años, durante los cuales Galland hizo esfuerzos sobrehumanos; pero la obra era muy poca, y para aumentarla era preciso trabajar mas barato, y para ganar lo suficiente apurar sus fuerzas.

Una tarde de otoño, á pesar de un viento frio una y lluvia glacial, el desgraciado quiso acabar una valla que habia empezado alrededor del patio del colegio de Noyon. El sudor corria por su cuerpo al paso que el agua empapaba sus vestidos. Volvió á su casa con diez escudos: pero un frio mortal habia penetrado todo su cuerpo; temblaba, y tenia un frio de calentura. Al fin se declaró una afeccion al pecho que destruyó con tanta rapidez su cuerpo debilitado, que dos dias después Galland pidió abrazar á sus hijos. Estaba abrazando al último, al pequeño Antonio, cuando sonó la oracion. Quiso hacer la señal de la cruz; pero su brazo sin fuerza no pudo llegar á su frente, y volvió á caer, y á la primera palabra de su súplica que hacia esfuerzos en recitar, espiró.

La desesperacion reinaba en la pobre casa; los hijos llamaban á grandes gritos á su padre, la mujer á su marido; y cuando al olvidar por un momento su desgracia pensaba que la quedaban para ocho personas diez escudos escasos, se aumentaba su dolor presente con su triste porvenir.

La muerte del artesano no afectó á nadie en Noyon. Un compañero le envió un féretro, pero acompañó su buena obra con estas palabras crueles: «Era el único regalo que deseaba hacerle.» ¡Tanto puede la envidia en el corazon humano!

El cuerpo fué llevado á la iglesia por el enterrador y su ayudante, y en seguida fué conducido al cementerio.

La pobre viuda acompañó á su marido. Y cuando después de puesta de rodillas sobre la tierra mojada con toda su familia, hubo rezado largo rato sobre la tumba de su marido, volvió con sus siete hijos, á quienes dirigia de cuando en cuando profundas miradas como las que la madre de los Macabeos debió dirigir á sus hijos cuando ella misma los condujo al suplicio.

II

EL PEQUEÑO PADRINO.

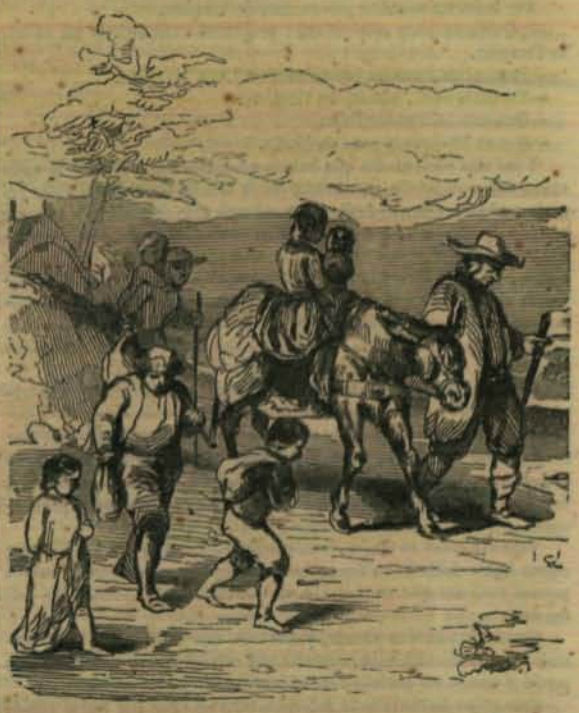
Es necesario ser rico para tener ficmpo de llorar: el pobre debe ahogar su dolor. Al volver á su casa la viuda pensó en sus hijos, enjugó sus lágrimas que hubieran oscurecido su vista, tomó la rueca y el huso, y trabajaba dia y noche. Nadie ignoraba el valor de esta mujer, y todos estaban admirados de verla soportar su desgracia y luchar contra la miseria sin quejarse á sus vecinos y sin implorar su piedad.

Esta conducta tuvo muy pronto recompensa: algunas personas compasivas se llevaron sus hijos mayores encargándose de su educacion; solo le quedaron los tres mas jóvenes; pero sin embargo, aun no podia felicitarse de su suerte.

Su obra, imposible de cumplir, exigia en este momento una perseverancia que solo la podia dar el amor maternal. Sin embargo, su pequeño Antonio iba creciendo, y el buen canónigo que tan impensadamente habia sido su padrino, daba á su madre saludables consejos; y cuando los pobres no le habian hecho vaciar la bolsa, les suministraba algunos recursos.

El niño llegó á ser vivo y despierto; estaba dotado de una inteligencia fácil en comprenderlo todo: el triste cuadro que tenia á su vista le hacia reflexionar, y sus razonamientos infantiles eran la alegría de su madre cuando tenia un instante para escucharle.

El viejo sacerdote pasmado de esta disposicion tomó á su cargo su instruccion, y empezó á darle las primeras nociones del francés; pero



la buena voluntad del discípulo escedió al celo del maestro, y sus progresos fueron tan rápidos, que el canónigo se vió muy pronto obligado á ensanchar los límites de su enseñanza.

Admirado de la inteligencia de su ahijado, el buen canónigo Raynaud habló de él en tan buen sentido á su amigo, que el principal del colegio, cuya curiosidad habia escitado, quiso conocer al muchacho y le mandó llamar. No quedó menos sorprendido que el padrino del aplomo del jóven, de su facilidad en esplicarse y de la lucidez de su lógica.

A la mañana siguiente la madre de Antonio recibió una noticia que la llenó de alegría; era el primer placer que habia sentido desde la muerte de su marido. El canónigo Reynaud y su amigo se encargaban de hacer educar en el colegio á su hijo menor; y por su parte no debia ni aun pensar en el equipaje que debia llevar cada uno á su entrada al colegio.

Dos gruesas lágrimas corrian por las demacradas mejillas de la pobre mujer como única prueba de su reconocimiento: la emocion la habia embargado la voz.

Cuando estuvieron solos la viuda y el huérfano, dirigieron al cielo fervientes votos por la salud de sus bienhechores. El hijo formaba una porcion de proyectos: ya se veia grande, instruido y colocando á su madre al abrigo de la miseria; y la madre se conocia con [illegible] de estos buenos designios, y muchas veces sonreindose á su Antonio le miraba, abrazaba su cabeza y alisaba su larga cabellera; pero arrepintiéndose en seguida de este pensamiento de [illegible], volvia á poner en movimiento la rueca del hilo.

Aunque no hablaba, ¡cuantas cosas deseaba, sin embargo, su ternura maternal! «Tengo un hijo que llegará á ser un sabio, un canónigo, quier que va á estudiar en un colegio en donde está el hijo del regidor, adonde vienen los hijos de todos los señores de los alrededores.»

Sin embargo, esta alegría se moderó muchísimo el dia en que su hijo Antonio vestia su traje de colegio, y el canónigo que le habia ido á buscar le arrancó de los brazos maternales; tuvo necesidad para dulcificar su disgusto de repetirse mil veces que su hijo estaba en una buena casa en donde le educarian é instruirian bien; necesitaba de estos buenos pensamientos, de esta consoladora esperanza para poder acostumbrarse á no oir mas que una vez al mes á su hijo querido, que aun los dias de salida estaba siempre con el buen canónigo, que estaba encantado de enseñar á sus amigos *su pequeño prodigio*. Porque Antonio no se mostraba en el colegio educando menos distinguido, aun cuando antes no habia sido tan notable.

El sin embargo no era dichoso; lo primero porque estaba separado de su madre, y porque habia sido mal recibido por sus nuevos camaradas. Un hijo del pueblo introducirse así en medio de una sociedad de jóvenes pensionistas, muy orgullosos de su nacimiento, todos de ilustres familias, que el menos noble debia ser un dia al menos caballero! era en esta época un atrevimiento grande.

Así todos los miraban por encima del hombro.

—¿Quién es pues este villano? preguntaba con énfasis un cadete de Picardia.

—Pero es un mendigo! respondia un jóven marqués.

—Un cualquiera, añadia un vizconde.

—Que usurpa nuestro traje.

—Que se nos iguala con insolencia.

Y los mas adelantados que habian ya traducido á *Phedro* le aplicaban con aplauso de sus camaradas la fábula *Graculus et Pavo* (el grajo y el pavo) de que *Lafontaine* algunos años después hizo *el grajo vestido de plumas de pavo*; pero bien pronto los burlones se convencieron de que el nuevo colegial no necesitaba vestirse con plumas ajenas, y que su talento era mucho mas brillante que el de ellos. Entonces el desprecio y el desden se convirtieron en una envidia profunda, que debia mas tarde hacer pagar cruelmente á Galland el precio de su instruccion. Antonio, que hasta entonces se hallaba rodeado de indiferentes orgullosos, no veia á su lado mas que enemigos.

Su único placer era pasearse, durante las horas de recreo, á lo largo y ancho del patio pensando en su madre ó leyendo algun libro que le habia prestado su amigo el canónigo: y si por casualidad se dejaba cautivar por su lectura, venia á tropezar en la verja que habia causado la muerte al pobre carpintero, y echaba á llorar recordando el momento en que habia visto espirar á su padre casi en el acto de abrazarle.

Valiente como su madre, jamás habia suplicado á sus compañeros; nunca habia doblado su frente ante una injusta reprobacion; pero es preciso confesar que encontraba un consuelo en la amistad del jefe del colegio.

Cinco años habian pasado, y Antonio, que en cada uno habia ganado los primeros premios, contaba aun con un nuevo triunfo cuando perdió á uno de sus protectores, al buen canónigo Raynaud.

Este golpe imprevisto le fué tanto mas sensible por haber sabido que aquel escelente sujeto habia carecido de lo necesario por pagar la mitad de su pension del colegio. El jóven laureado fué á depositar sobre la tumba de su bienhechor la mas bella de sus coronas; y sus lágrimas demostraron durante mucho tiempo sus recuerdos desinteresados, por cierto puesto que el digno amigo del canónigo, el principal del colegio, habia declarado que en obsequio de la desgracia del jóven Galland el colegio tomaba solo á su cargo la responsabilidad que antes tenia en union del canónigo Raynaud.

NOTICIAS CURIOSAS.

Siendo rey de Castilla D. Fernando I, año de 1032, estuvo el gobierno sin alterarse, quedando sus mayores preeminencias en cinco condes, vasallos suyos, que eran los condes de Vizcaya, de la Bureba, de Lara, de Amaya y de Roa, quienes tenian la voz de Castilla, y eran los cinco solares de Haro, Lara, Castro, Guzman y Villamayor, conocidos por los cinco solares de Castilla, no porque no hubiese otros, sino porque estos eran los originarios de la misma y cabezas de otros muchos muy ensalzados.

El año 1346, reinando D. Alonso XII, se concedió por los reinos juntos el tributo llamado alcabala para atender á las necesidades y urgencias de la guerra, de veinte uno de todo lo vendible, y pocos años despues se concedió igualmente de diez uno.

El año 1496 concedió el pontífice á los Reyes Católicos las tercias de los diezmos.

El rey D. Felipe IV introdujo en 1631 el derecho llamado media anata de todas las mercedes y oficios.

El rey D. Sancho el Bravo estableció en 1295 el tributo llamado sisa

En 843 se creó el derecho de sucesion llamado de sangre.

Por los años de 1030, en tiempo del rey D Bermudo III, empezó á llamarse infantes á los hijos de los reyes.

En las cortes de Bribiesca, año de 1388, el rey D. Juan el I estableció la costumbre de que se llamasen príncipes de Asturias los hijos mayores de los reyes, y se juró á su hijo Enrique III, á imitacion de los príncipes de Gales.

El emperador Carlos V mandó en 1519 que se diese á los reyes el tratamiento de majestad; en 1520 dió título de primos á los grandes, y en 1528 fundó el Consejo del Estado.

La primera vez que se levantaron pendones fué el año 1407, por el nuevo rey D. Juan II.

En 1452 se creó el impuesto conocido por moneda forera, el cual se pagaba de siete en siete años, y en 1637 el del papel sellado. La sal se estancó en 1631.

D. Fernando el V instituyó en 1516 la dignidad de grandes de España, y reformó la de los ricos-hombres, que ya se conocian en 774.

El año 1497 murió el príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, y todos sus llamados vasallos se vistieron de luto negro, el cual hasta entonces habia consistido en gerga blanca.

El primer reló que se vió en España se puso en Sevilla, en la torre de la giralda, habiendo asistido el rey D. Enrique III y gran concurso de gente atraidos por la novedad.

El mismo D. Enrique III estableció los corregidores en 1396, y en 1399 fundó la sala en el Consejo de Castilla, conocida con el nombre de mil y quinientas.

Por los años 1452 se introdujo en España el arte de la imprenta, que poco antes se habia inventado en Maguncia.

En 1492 empezaron á representarse públicamente comedias en Castilla, por la compañía de Juan de la Encina, poeta gracioso, y luego, Pedro Navarro y Cosme de Oviedo inventaron, el primero los teatros, y el segundo los carteles.

Las primeras escopetas se vieron en España en 1492, y el primer coche en 1546.

En las cortes generales que celebró en Burgos el rey D Fernando V, en 11 de junio de 1515, unió el reino de Navarra á la corona de Castilla, por concesion del pontífice Julio II

Un marqués italiano, por encubrir los lamparones, inventó en 1562 los cuellos, que por él se llamaron marquesotas, y duraron hasta el año 1622 en que se empezaron á usar las golillas.

El año 1560 se concedió por primera vez el subsidio, y en 1563 y 1571 el escusado.

El rey D. Felipe II mandó en 1579 que sus consejeros usasen de garnachas y barba larga para representar la gran autoridad de su destino, á imitacion de los senadores romanos.

El rey D. Felipe II mandó estancar en 1577 los naipes, el azogue y el soliman.

En tiempo de Felipe II, por los años de 1582, concedieron los reinos el servicio de millones.

D. Luis de Castilvivo, veneciano, inventó las bebidas con nieve y los pozos para conservar esta.

El rey D. Alonso XII mandó hacer el libro que llaman Becerro, por estar escrito en pergamino, el año 1350, cuyo libro acabó su hijo D. Pedro, y se guarda en el archivo de Simancas.

La primera pólvora que se usó en España fué el año 1343.

Un tudesco inventó la artillería y se usó por primera vez en el cerco de Algeciras.

El rey D. Alonso el VI mandó en 1085 que los caminos se contasen por leguas en lugar de hacerlo por millas como hasta entonces.

Este mismo rey mandó que las escrituras se escribiesen en latin, prohibió los baños, y en su tiempo, año 1100, se empezaron á correr toros en fiestas reales.

El tabaco le vieron usar Colon y sus compañeros á los indios en la isla Guanahi; se introdujo en España en 1542, empezó á estancarse en 1636 por concesion del reino, y la primera fecha de su cultivo en vuelta de Abajo data de 1719.

El origen de los estrechos ó cédulas de año se remonta, segun las mas autorizadas opiniones, á los tiempos de la edad media, época en que gozaron gran prez y fama los trobadores provenzales.

Valerio Máximo y otros aseguran que antiguamente las coronas eran de paño, para dar á entender cuán fáciles son de acabar los reinos y los imperios.

La primera estraccion de la lotería hecha en Madrid, de cuenta y órden de S. M., se verificó el sábado 10 de diciembre de 1766.

REMIGIO SALOMON.

UN NIDO DE TORTOLAS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

AL POETA ANTONIO DE TRUEBA,

AUTOR DEL LIBRO DE LOS CANTARES.

I.

Cantaban los pajaritos,
Olian las azucenas.
Trueba.—DEL LIBRO DE LOS CANTARES.

Empezaban ya los á boles de las alamedas á cubrirse de hojas, los prados á verdear, las mariposas á libar las blancas y ténues flores de los almendros, primera sonrisa de la primavera, y los arroyos á murmurar con mas melodía sus continuas y gratas endechas. Sentíase por los jardines el aire embalsamado y purísimo de las violetas y de los nardos, y oíase junto á las acacias el monótono zumbido de las abejas que venian buscando la virginidad de las flores, para convertir sus jugos en miel sabrosa. Las auras se columpiaban en los tallos de las anémonas de variados colores; el sol sonreia en las praderas, y las mensajeras del buen tiempo, las simpáticas golondrinas, perseguian los insectos que habian salido de sus negras crisálidas, al rayo vivificador del astro del dia. Hacia una mañana deliciosa: la naturaleza se habia vestido con sus mejores galas, y parecia una muchacha linda y coqueta que espera á su amante, asomada al balcon entre macetas de flores. El campo estaba divino; tan bonito como Margarita que viene pensativa por la calle de árboles del Retiro que guia desde la fuente de la china al estanque grande. Viene sola: no se cansa de mirar las hojas de los árboles, de oir la variedad de cánticos que entonan los pájaros, y de contemplar con ávidos ojos las rojas flores de una acacia de Judea, *árbol del amor*, de las que ella se haria de muy buena gana un ramo, si el tricornio del guarda no alejara de su mente tan codiciosa idea. El guarda es siempre inhumano.

Sin término, ni objeto, ni vereda, marchaba á la casualidad, dejando vagar sus pasos como su mente, sin saber por donde, hasta que fatigada de pasear vino á sentarse maquinalmente en un banco á la sombra de un magnífico y pomposo castaño de Indias.

Allí, sus pies quietos, dejó vagar su mente por los encantados paises de lo ideal, tantas veces descritos y siempre nuevos para todas las almas de diez y ocho años. Esta era la edad de Margarita; y sin decírtelo te la hubieras figurado, si como yo hubieras visto los azules ojos, los rubios cabellos, el gracioso cuerpo y el andar suelto y airoso de la linda muchacha. Porque Margarita era muy linda; sobre todo tenia unos ojos como dos pedazos de cielo de lindos, y aun estoy por decirte que si entre el azul del éter y el de los ojos de la niña me hubieran dado á elegir, probablemente me hubiera quedado con el segundo azul.

Pero mírala cómo levanta la cabeza; mírala cómo escucha y se sonrie, y se entristece, y vuelve á escuchar, y levanta de nuevo los ojos, y mira al castaño, y abandona su asiento para dar vueltas en torno de él; y ahora sí que se sonrie y mira sin pestañear! ¿Qué será? ¡Ah! ya oigo; ya veo; son dos pájaros que se arrullan; son dos tórtolas que se cuentan sus amores y que se besan, y Margarita vuelve á sentarse, y ya no las mira, y está pensativa.

¡Qué feliz! dice en su interior, en medio del campo, sin mas testigos que las otras aves y el cielo, sin temor de ninguna especie, porque estan en un sitio vedado á los cazadores, esos pájaros se aman, viven aislados de los demás el uno para el otro, siempre juntos, siempre dichosos, sin conocer mas emociones que sus dulces besos, buscándose siempre y siempre unidos; cuando la casualidad viene á separarlos, las primeras notas de un melancólico arrullo son la llamada que los vuelve á unir. Qué felices! no ven como yo pasar los dias unos tras de otros sin que dejen huella en mi alma, sin uno de esos recuerdos que nunca se borran de la memoria, y que quedan impresos en el corazon para siempre, por si algun dia el alma fatigada anhela un punto de reposo, que vengan con su castísimo perfume á embalsamar nuestra vida, á refrescar nuestra existencia, como la aurora envia las gotas de rocío para refrescar las flores que empezaban á ajarse bajo la seca influencia de los ardientes rayos del sol.

No te estrañe este párrafo en boca de una muchacha de humilde clase. Margarita era modista, puesto que te he dicho que era bonita, que tenia diez y ocho años, y que hablaba en presencia de dos tórtolas que se arrullaban y se besaban, en medio de una naturaleza engalanada, y entre el perfume de las flores y de las brisas; el amor hace prodigios, y no lo es sin embargo el que Margarita deseara al ver las tórtolas un compañero que la arrullara y que desplegara ese amor que en su corazon empezaba á germinar, esperando para brotar únicamente unas cuantas frases bien dichas, unas caricias de esas cuya interpretacion no es dudosa, y unas caricias poco mas ó menos como las de las tórtolas.

Por eso á Margarita no se le olvidaron en todo el dia; y mas de una vez se pinchó sus blancos y suaves dedos, pensando en un amante aun fabuloso, en vez de pensar en la prosáica tarea que ante sus ojos tenia.

II.

Los tortolicos,
mira cómo se besan
con los sus picos.
Luis de Eguilaz.—AMORES DEL SIGLO XV.

Era otra mañana igual á la que hemos descrito en el capítulo anterior; por lo cual y estar en el mismo sitio, nos abstenemos de describirla, y Margarita paseaba por debajo de los frondosos castaños de Indias del Retiro. Era domingo, y la muchacha que habia ido á misa y no tenia trabajo aquel dia, se regocijaba interior y esteriormente y demostraba en lo alegre de su fisonomía y en la sonrisa deliciosa que jugueteaba en sus labios y en sus ojos, un cambio muy grande en aquel corazon á quien hemos conocido triste y envidioso.

Pero Margarita no viene sola.

Un muchacho jóven y de airosa presencia la acompaña, la mira con amor, y la habla con entusiasmo.

Por eso Margarita se sonrie; por eso es feliz, y su corazon se dilata con las dulces palabras que le dice su acompañante.

Pasean y cruzan calles y arboledas, sin saber dónde van ni por dónde andan.

Han venido á hablarse de sus amores debajo de los árboles, donde las frases de los enamorados tienen doble eco, porque la naturaleza convida siempre á amarse.

Hace poco que Luis está enamorado de Margarita, y por consiguiente tienen mucho que decirse; estan en las primeras páginas de su libro de amores, y todo es oro y rosa.

Luis se ha encontrado á Margarita en el camino, y la ha seguido; Margarita ha notado que Luis la seguia, y ha vuelto varias veces la cabeza.

Luis ha paseado la calle á Margarita, y Margarita se ha asomado al balcon.

Luis ha vuelto á pasar al dia siguiente, y Margarita, que esperaba esta vuelta, se ha pasado la mañana cosiendo junto á la vidriera, para verle pasar.

Margarita le ha mirado y se ha sonreido; Luis ha respondido á estas sonrisas con otras; desde este momento se han comprendido.

Por eso Luis, en cuanto ha tenido ocasion, le ha dicho á Margarita que la amaba, y esta se lo ha creido.

Como una declaracion amorosa halaga siempre, las mujeres suelen creerse las declaraciones amorosas.

Desde aquel momento se han amado y se lo han dicho. Margarita que vivia sola, ha trasladado sus muebles á casa de Luis; Luis la hizo un recibimiento digno de sus amores; almorzaron juntos, y á los postres se juraron mútuamente no separarse nunca y amarse siempre.

Nunca y siempre, palabras huecas que no se sabe por qué se dicen; palabras que brotan maquinalmente á impulsos de una sensacion que conmueve el alma, y que se deshacen como el humo; palabras que pronuncian los labios y que dicta el corazon sin conocer su peso, y que se encuentran en pugna perpétua con la inconstancia de la naturaleza... pero es el caso que Luis y Margarita las habian pronunciado y habian creido en ellas.

Por eso vivian juntos; por eso Margarita esperaba á Luis cuando este salia, y le conocia en el modo de subir la escalera.

Luis acompañaba á todas partes á Margarita; no pensaba mas que en ella, y solo era feliz á su lado.

Luis habia dejado de frecuentar los puntos donde se reunian sus amigos; rara vez se le encontraba en el café; no hacia visitas, y sus compañeros de juventud pensaban, y muy cuerdamente, que debia estar enamorado.

Los mas atrevidos habian ido á su casa con objeto de averiguar algo; pero él no habia recibido á nadie, y metido en su rincon, al lado de Margarita, veia pasar las horas y los dias sin que la mas leve nube empañára su deliciosa felicidad y los tranquilos amores en que se embriagaba su alma.

Salian juntos á paseo, porque á Margarita le gustaba mucho andar por el campo, y Luis que segun decia: nunca habia encontrado las delicias que ponderan los que viven amando á la naturaleza, habia empezado á comprender sus agradables misterios en las deliciosas mañanas de primavera, llevando del brazo á una muchacha tan linda como la que él llevaba.

Margarita amaba con delirio las flores y el paseo; Luis no la dejaba volver nunca á su casa sin que en sus blancas manos trajera un ramo, que colocado encima de la mesa sobre la que Luis escribia y Marga-

rita cosia, recordaba á los dos amantes mil sueños de ventura, mil promesas de amor, mil juramentos de felicidad.

Margarita habia dejado de coser en casa de la modista donde la conoció Luis: les bastaba para vivir la pension que este recibia de su casa, y aunque con mas estrechez, lo pasaban tan felices y dichosos, como los amantes de los cuentos de hadas, despues de haber sufrido horribles martirios y crueles encantamientos.

Hubiera sido un crimen de lesa-pasion si alguno de los dos hubiera dudado un solo momento que aquellos amores iban á ser eternos.

Cuando Luis miraba á Margarita y esta le miraba á él, cuando las manos de la linda niña buscaban las de su amante para apretarlas entre las suyas, no hubieran cambiado su felicidad mútua por ninguno de los tesoros de la tierra, por ninguna de las realizaciones de los sueños ambiciosos que se habia fraguado Luis á solas consigo mismo repasando en su mente la historia de la humanidad.

Cuando alguna duda venia á cruzar con la rapidez del ave que hiende el espacio, el corazon de alguno de los dos, un pliegue de pena se marcaba en su frente, y entonces el que no habia sentido esta frialdad, imprimia sus labios sobre los labios de su amante, y de este beso brotaban dulces sonrisas que siempre se traducian por mundos de esperanzas.

Si alguno de esos hombres de frio corazon y de pensadora cabeza hubiera asomado la suya por la ventana del cuarto que habitaban, ó por la rendija de la puerta, y hubiera visto una mujer pura y enamorada como una heroina de balada, y un hombre jóven y apasionado, con los sueños ambiciosos de la juventud y las ilusiones ricas de colorido y henchidas de fuego, que producen en un corazon sin mancha los primeros amores, hubiera añadido este nuevo grupo á la inmensa galería de amantes fieles, y hubiera esclamado con toda la efusion de su alma como el poeta:

No es este mundo tan malo
A falta de otro mejor.

Y es verdad; para el que lleva una aspiracion en el alma, para el que desea ver realizada una esperanza, para el que solo ambiciona ver cumplido un sueño de paz y de ventura y logra su aspiracion, cambia su esperanza en una realidad mas grata que la esperanza, y realiza su sueño, el mundo es una gran cosa, la vida pasa como un canto de amor, como una série de perfumes que suben en tiernas espirales al cielo sin emponzoñarse nunca, como un arroyo cristalino que murmura sin empañarse.

Así pasaba la vida de Luis y Margarita: cada vez se querian mas, y en las largas horas que pasaban juntos mirándose sin testigos, hablándose con ese lenguaje de los ojos tan fácil de traducir, no hubieran nunca sospechado que el amor puede muy bien no ser eterno, y que todo pasa porque es ley del mundo.

(Continuará.)

AGUSTIN BONNAT.

EL DINERO.

Yo nunca he estado en Inglaterra, pero dicen los franceses que allí todo se compra y se vende, todo tiene su precio, y nada hay que no pueda pagarse con el dinero. Los franceses son los que cuentan la siguiente aventura que se supone sucedida en Londres:

El general Reece, ayudante del duque de Wellington, estaba casado y no queria mucho á su mujer, pero en cambio adoraba al dinero. Su mujer, francesa de origen, habia sido muy hermosa y conservaba muy buenos restos de su belleza. Pero la que verdaderamente merecia particular atencion era su hija, que pasaba por la jóven mas linda de los tres reinos.

Cuando la coronacion de la reina Victoria, concurria á casa del general un jóven francés llamado Eduardo Beaumont, á quien distinguia particularmente Mr. Reece, sin duda por el espíritu de nacionalidad. Eduardo se enamoró de la hija, y la madre á quien constaba que su paisano poseia un caudal muy decente, aprobó estos amores y prometió favorecerlos en cuanto pudiese. Pero el general tenia otras ideas, y habia destinado su hija á un riquísimo banquero de quien tenia recibida ya palabra, sin embargo de que nada habia dicho ni á su mujer ni á su hija.

Una noche que habia gran reunion en casa del general, observó este que Eduardo parecia dirigirse con gran obsequio á su mujer, y al momento le ocurrió la idea de sacar partido para pagar la dote de su hija. Para ello dió las competentes instrucciones á su mujer como se acostumbra en tales casos, mandándola que estuviese á solas dentro de muy pocos momentos con Eduardo en una habitacion inmediata y que avisase el momento favorable.

No tardó en oirse el sonido de una campanilla, que era la señal convenida, y el general que estaba jugando se levantó con mucha tranquilidad y dijo al banquero y á otro que eran los que jugaban:

—Vengan dos á servir de testigos en un negocio importante.

Varios criados tomaron luces, y los testigos siguieron al general con el mismo sosiego que si fuesen á ver una corrida de caballos.

Abrió al fin el marido una puerta con gran tiento, y de repente se presentaron todos para ver... no á la mujer, sino á la hija del general en plácida conversacion con Eduardo.

—¿Pues y mi mujer? preguntó el general.

—General, dijo con amabilidad el banquero, os vuelvo vuestra palabra, porque esta señorita debe casarse con un lord.

—General, anadió Eduardo, perdonadnos y casadnos.

—Nada de eso, respondió el general. Crawford (el banquero) me ha dado su palabra delante de testigos, y tendrá que casarse ó pagar una indemnizacion.

—Pagaré antes que casarme. Me encargo de dotar á la señorita.

—Pues entonces, dijo el general, que se case con quien quiera.

A UNA PILAR DE HERMOSOS OJOS.

Ciñe, Pilar, la venda
por esos ojos,
que si la luz es mucha
no mata poco.
Y es cosa fuerte
donde se brindan gustos
hallar la muerte.

Al verte amor con venda,
por burla y juego
se hará tu lazarillo
báculo ó perro.
Mas ten en cuenta
que una ciega y un ciego
andan á tientas.

¿Quieres á tal peligro
remedio sabio?
Pues toma con la venda
sus flechas y arco;
Que al punto mismo,
aunque te visten faldas
serás Cupido.

Dios ya entonce y no Diosa
sin miedo alguno,
podrás venir conmigo
corriendo el mundo.
¡Oh qué buen lance,
Mentor yo y tu pupilo,
é ir de viaje!!!

EL SOLITARIO.

EPIGRAMAS.

«Si nuestros padres primeros
»Hubieran obedecido
(Decia un cura afligido),
»Aun iríamos en cueros.»
Y un sastre que el diablo tenga,
Loco esclamó: «voto á Sanes!
¡Qué ciertos son los refranes!
No hay mal que por bien no venga.»

Riñendo un chico con otro
«Rabia, gran burro, le dijo
Que tú no tienes un potro
Como el que hay en mi cortijo.»
Y el otro le contestó
No sabiendo que mentar
Que aquel pudiera envidiar;
Rabia! soy burro y tú no.

V. M. MULLER.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.